

eucarísticos, etc. Un apartado especial merece el tratamiento de la eucaristía como lugar del diálogo ecuménico y el estudio de los aspectos sacrificiales presentes en las religiones.

Completa la Enciclopedia un glosario, realizado por Bernd Jochen Hilbertah y Annemarie Mayer, unas notas eucarísticas de la Antigüedad (Goffredo Boselli), Edad Media (Maru Schaeffer), Tiempos modernos (André Haquin). Sigue un índice temático, un índice onomástico, una tabla de abreviaturas y la lista de los autores.

Al director de la obra le ayudó un Comité científico compuesto por Paul De Clerck (Instituto Católico de París), Enrico Mazza (Universidad Católica de Milán), Jean-Marie Roger Tillard †, o.p. (Colegio dominicano de Ottawa) y Philippe Lécrivain, s.j. (Centre Sèvres, París).

Al concluir esta recensión, huelga subrayar la riqueza y variedad de su contenido, que no se limita a una mera descripción histórica o de práctica cultural. Permite abarcar muchos puntos de vista y ofrece una visión concreta de cómo se concibe y vive la Eucaristía en el tiempo y el espacio. Ahora bien, nos parece que la opción escogida de estudiar los temas por capítulos puede falsear algo la percepción del lector. Por ejemplo, la consulta del índice temático podría hacer pensar que la fiesta del Corpus es algo propio de los siglos XVII y XVIII, la comunión espiritual de los siglos XII-XIII. Advertimos varias omisiones, por ejemplo, catecúmeno, *communicatio in sacris* (tema no tratado), encíclicas o magisterio, materia y forma del sacramento, eulogías, expiación, impanación, impetración, mesa de comunión, ostensiones, profanación... Otras entradas parecen incompletas: altar (no se habla del altar *coram populo*), culto eucarístico fuera de la misa, elevación de la hostia, misa (sus finalidades), sacerdote (*in persona Christi*)...

Son aspectos que se pueden subsanar fácilmente en una segunda edición, que sin duda tendrá que salir pronto, ya que, repitamos, esta Enciclopedia será de utilidad para un público muy amplio, y está llamada por tanto a prestar un valioso servicio.

Dominique LE TOURNEAU

James H. CHARLESWORTH (dir.), *L'ebraicità di Gesù*, Ed. Claudiana, Torino 2002, 328 pp., 14 x 21, ISBN 88-7016-397-0.

El objetivo principal de este libro es acercarse a Jesús y a su entorno histórico, superando así el principio bultmaniano acerca de la imposibilidad de

conocer nada referente al Jesús histórico. Junto a ello, se advierte un afán de aproximación a los judíos que supere esas barreras y prejuicios de todos conocidos, presentes durante siglos entre cristianos y judíos. Así se deduce del Prefacio del profesor hebreo Irvin J. Borosky, quien estima que este libro puede contribuir a que se destierren ciertos prejuicios, propios de la mentalidad occidental.

Estudiosos, formados en centros con diferentes alternativas religiosas, se han unido en lo que puede ser un consenso entre los historiadores cristianos y hebreos: «Jesús fue un hebreo —dice Charlesworth en el prólogo— que vivió en Palestina antes de la destrucción del Templo en el a. 70 por los romanos. Y lo que aún es más interesante, su pensamiento se forjó dentro de las corrientes dinámicas del judaísmo. Jesús fue un hebreo devoto, observante de las fiestas, visitaba el Templo, llamado por él como “la casa de mi Padre” (Jn 2, 16)». Estos trabajos no se han preparado expresamente para este libro, sino que son el fruto de los últimos treinta años de estudios históricos y exegéticos. Sin embargo, esas publicaciones se han revisado y ampliado para esta edición, intentando un texto equilibrado y exhaustivo.

El primer artículo se titula *Rabbi Yeshua Ben Yoseph: riflessioni sull'ebraicità di Gesù e il dialogo interreligioso*; es de Harvey Cox, titular de la cátedra «Víctor de Sto. Tomás» en el Harvard Divinity School, Cambridge, Massachusetts. Recuerda que durante siglos los judíos fueron reticentes a pensar en Jesús como un profeta. Sin embargo, después de la Shoá y el nacimiento del estado de Israel en 1948, el diálogo entre cristianos y judíos ha tomado un nuevo cariz: la figura de Jesús ya no es un tema tabú o un obstáculo insalvable para los hebreos, sino más bien un punto de encuentro. Se recuerda luego el hecho de las cruzadas, subraya los aspectos negativos y señala que, a fines del Medioevo, los principales gobiernos europeos comenzaron a expulsar a los judíos. Inglaterra lo hace en 1290, Francia en 1394 y por último España en 1492.

El siguiente capítulo (*Come si sono imposti lo studio delle origini del cristianesimo e la «ricerca su Gesù»*) es de J.H. Charlesworth y explica cómo ha crecido el interés por los orígenes del cristianismo y la «investigación sobre Jesús».

En el siguiente capítulo, John P. Meier, profesor en la «Catholic University of America» de Washington, presenta unas reflexiones sobre la investigación actual del Jesús histórico (*Riflessioni sull'odierna «ricerca sul Gesù storico»*). Estima que, a pesar de las posturas opuestas, hay en los últimos cuarenta años un amplio consenso sobre la credibilidad de las fuentes, sobre la metodología y los criterios (cfr. p. 94). Es interesante destacar la postura de Meier respecto al IV Evangelio, tantas veces ignorado o abiertamente rechazado por autores re-

presentantes de la *Third Quest*. «Afortunadamente, —dice Meier— exegetas como C.H. Dodd y R.E. Brown, se han batido eficazmente contra el dogma Schweitzer-Bultmann, según el cual el Evangelio de Juan puede ser tranquilamente ignorado al reconstruir el Jesús histórico. Esta observación no obsta para que los admiradores de Bultmann continúen rechazando en masa las afirmaciones de Juan» (p. 102). A favor del valor testimonial del IV Evangelio, se pronuncian otros trabajos de este mismo libro (cfr. p. 160 y 163).

*Gesù l'ebreo* es el título del capítulo cuarto, escrito por Geza Vermes, profesor emérito de la cátedra de Estudios hebraicos de la Universidad de Oxford. Califica de errática la postura de Bultmann, y pasa a exponer el cuadro histórico de la época y la patria de Jesús, del que tenemos bastantes noticias que podemos considerar válidas respecto a Jesús como personaje histórico y real (cfr. p. 122-124). Aporta diferentes datos referentes al mundo y tiempo de Jesús, prueba irrefutable de su credibilidad y coherencia con el ambiente descrito en los evangelios.

Como ya lo defendió en otros escritos, Vermes piensa que Jesús no fue comprendido por sus discípulos tras de su muerte, y por ello llegaron a una situación que difiere de lo que Jesús pretendía. Es una cuestión antigua planteada por Loisy y hoy prácticamente superada. De todas formas, hay en la obra de Vermes elementos sin duda aceptables. «El resultado es una contribución válida para los especialistas, dice Leaney citado por Vermes, pero es arduo determinar hasta qué punto ha conseguido su objetivo» (p. 136).

Daniel J. Harrington, S.J., es el director de la revista «New Testament Abstracts», y profesor en la «Weston School of Theology» de Cambridge (Massachusetts). Se presenta como estudioso del judaísmo del segundo Templo y especialista del Nuevo Testamento. *L'ebraicità di Gesù: alcuni problemi di metodo*, es el título de su aportación. Estima que es en el judaísmo del s. I, donde hemos de encontrar los datos precisos para conocer el entorno vital de Jesús. Refiere las antítesis del Sermón de la montaña, donde se da una continuidad, pero al mismo tiempo una novedad que amplía y profundiza ciertos aspectos morales.

El capítulo sexto es de David Flusser, profesor de Historia de las religiones en la Universidad hebrea de Jerusalén. Su aportación se titula *Gesù, la sua genealogia e il comandamento dell'amore*. «Escribir la historia de la vida de Jesús es posible», afirma al iniciar su trabajo. Indica luego la abundancia y calidad de los documentos y fuentes sobre Jesús. Es verdad que hay escritos contemporáneos que ignoran cuanto se refiere a Jesús, pero recuerda que otros personajes también célebres, como Moisés, Buda o Mahoma, carecen igualmente de informaciones en los escritos que podemos llamar laicos. Respecto a los relatos de

los Sinópticos, incluidos los que narran hechos prodigiosos, así como los referentes a diversos sermones de Jesús, sostiene Flusser que no se pueden considerar simplemente como proclamación de una fe «kerigmatizada» en el Señor resucitado y glorificado, como hacen hoy la mayor parte de los estudiosos modernos (cfr. p. 154). Reconoce la historicidad de los datos evangélicos, lo cual es un logro frente a la corriente bultmaniana, pero niega todo aspecto original y sobrenatural, prescinde de la fe para entender a Jesús y su mensaje. Por ello el resultado siempre es parcial.

En el capítulo séptimo Charlesworth presenta un trabajo con el título de *Gesù, la letteratura del proto-giudaismo e l'archeologia*. Observa, en la introducción, que «hoy, por desgracia, muchos se muestran confusos ante la elección que piensan necesaria entre las acciones “auténticas” de Jesús y la redacción “no auténtica” de la iglesia. Trataré de demostrar —dice— por qué esas alternativas son falsas» (cfr. p. 177). Algunos, explica, estiman que es obvio que la conclusión que se impone es que, en el Nuevo Testamento, no hay nada de cierto sobre el Jesús de la historia. Sin embargo, señala que ni Bultmann ni Tillich, a pesar de su radicalidad, adoptaron un pesimismo tan integral. Sus tesis no se pueden identificar con las de B. Bauer, P. Couchoud, G. Gurev, R. Augstein y G.A. Wells, que negaron la existencia de Jesús.

Considera que «las mentes más iluminadas» se dan cuenta de que la fe sin el conocimiento histórico es infiel a Jesús. Por otro lado, los más eminentes estudiosos del Nuevo Testamento coinciden en que los Evangelios contienen datos pre-pascuales. También hay que reconocer, sigue diciendo, que un historiador, en la mejor de las hipótesis, alcanza no la certeza sino la probabilidad (cfr. p. 178). Son observaciones, a mi parecer, cargadas de sentido común y, sin embargo, olvidadas en ocasiones por quienes se empeñan en hacer una tesis de lo que no pasa de mera hipótesis. Termina con un recorrido por los apócrifos del Antiguo Testamento, los documentos de Qumrán, los códices de Nag Hammadi, Flavio Josefo y la arqueología. Respecto a los escritos apocalípticos afirma que son decisivos para comprender a Jesús de Nazaret, muy cercanos en algunas de sus enseñanzas, aunque obviamente él no fue un autor apocalíptico.

Sobre los escritos de Qumrán apunta que se han hecho afirmaciones exageradas. Algunos autores han desempolvado la vieja y justamente desechada tesis, que sostiene que el fundador de la comunidad esenia, el *Moreh has-Sedek*, el Maestro de justicia, fuese Jesús o el Bautista. «Los fautores de esas tesis son escritores que distan mucho de ser estudiosos» (p. 164). Sin embargo, reconoce los diversos puntos de contacto de Qumrán con el cristianismo naciente.

En cuanto a Nag Hammadi opina que, en su mayor parte, los especialistas coinciden en «no tenemos pruebas de que el mito (gnóstico de un Redentor) sea precristiano» (p. 188). No obstante, considera que el *Evangelio de Tomás* es de importancia suma en el acceso al Jesús histórico. Estudia luego el llamado *Testimonium flavianum*, el conocido pasaje de las *Antiquitates iudaicae*, 18, 63-64, que habla de Jesús, como un hombre sabio, condenado por Pilato a morir crucificado. Señala algunos retoques que pudo hacer un autor cristiano, pero no tales que haya que rechazar de plano dicho testimonio. Así lo confirma el reciente descubrimiento de un documento en árabe del s. X.

En el capítulo octavo, bajo el título de *Gesù, l'ebreo rivoluzionario*, Alan F. Segal, explica en primer lugar como el cristianismo se basa en una determinada interpretación de Jr 31, 31-33, donde se anuncia una nueva alianza. Esa interpretación, según Segal, la hizo la Iglesia, pero no Jesús, cuyo verdadero mensaje resulta difícil de aislar. Como vemos estamos ante uno de los defensores del Jesús apocalíptico, es decir, uno de aquellos personajes convencidos, aunque equivocados, de la inminencia del fin del mundo. Ya vimos cómo esa teoría es ampliamente desmontada por Charlesworth (cfr. p. 181 ss).

El siguiente artículo es de Ellis Rivkin, titular de la cátedra «Adolf S. Ochs» de Historia hebrea en el «Hebrew Union College-Jewish», Institute of Religion, Cincinnati, Ohio. Su aportación se titula *Che cosa crocifisse Gesù*. Prescinde de los testimonios evangélicos y recurre para su estudio a Flavio Josefo. Aporta una serie de datos que reflejan la situación histórica de la primera mitad del s. I. Opina que, respecto a la muerte de Jesús, «emerge con gran claridad, sea de Flavio Josefo, sea de los Evangelios, que los culpables no son los judíos, el culpable es el sistema imperial romano» (cfr. p. 264)

Cierra la lista de colaboradores Hans Küng, profesor de Teología ecuménica y director del «Institut für Ökumenische Forschung» de la Universidad de Tubinga. Se remonta al inicio del cristianismo, cuando el judaísmo predominante entre los cristianos cede el paso a las nuevas comunidades integradas por helenistas. Fenómeno que provoca una cierta división, referida ya en Hch 6, 1, cuando se narra la cuestión conflictiva entre las viudas de origen hebreo o griego.

Refiere diversos momentos de las persecuciones y vuelve a recordar cómo, antes que España (1492) expulsara a los judíos, ya se da en Alemania (1348-49) una fuerte ofensiva contra ellos. En cuanto a las expulsiones ocurridas, la de Inglaterra es de 1290, la de Francia de 1324, anteriores como dijimos de la de España. Portugal expulsa a los judíos en 1497. Recuerda la postura de Lutero con las persecuciones que siguieron a la Reforma, así como los *progrom* en la Europa oriental. Concluye que el nazismo tiene sus raíces en toda esa si-

tuación histórica y lo único nuevo fue la motivación. De sus palabras se desprende un afán de congraciarse con los judíos, aunque en ocasiones pueda caer en afirmaciones discutibles (cfr. p. 279).

Estamos de acuerdo que todo antisemitismo en el cristianismo es inconcebible y difícil de explicar, habida cuenta de que Jesús es un judío, como lo fueron la Virgen y los apóstoles. Quizás el recordar esas realidades, e insistir en lo que nos une, propicie un claro acercamiento mutuo entre judíos y cristianos. En el campo católico destaca la Declaración *Nostra aetate* del Vaticano II. Respecto a los judíos refiere la corriente de reconocimiento y estima por Jesús. Desde esta postura ve posible un acercamiento cada vez más claro y esperanzador (cfr. p. 282-284).

El apartado último está dedicado a una «bibliografía selecta y razonada». Es de gran interés pues hace un brevísimo resumen de las obras citadas y destaca algún aspecto relevante, e incluye a veces una crítica sucinta. Al lado de los logros señalados, es preciso reconocer que en muchos autores, a pesar de las declaraciones de neutralidad histórica, ésta no siempre se da.

En todo caso, esta obra nos sirve para conocer las principales corrientes dentro de la *Third Quest*, así como para poder resaltar los diversos aspectos y aportaciones.

Antonio GARCÍA-MORENO

Israel FINKELSTEIN - Neil Asher SILBERMAN, *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Siglo XXI de España Editores («Historia antigua»), Madrid 2003, 414 pp., 15 x 22, ISBN 84-323-1124-3.

Israel Finkelstein es uno de los grandes arqueólogos del momento presente, director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv y corresponsable de las excavaciones de Meguido. Junto con el historiador Neil Asher Silberman ha tenido la osadía de emprender una tarea que la comunidad científica del mundo bíblico aguardaba desde hace años que alguien con competencia contrastada tuviese el arrojo de afrontar.

En la década de los cincuenta del siglo pasado hubo varios intentos, algunos bien logrados como la Arqueología Bíblica de G. E. Wright, de presentar una visión panorámica sobre la aportación que las excavaciones arqueológicas pueden ofrecer a la comprensión de la Biblia mediante un acercamiento preciso a la historia antigua del Próximo Oriente.